1. EVANGELIO DE PEDRO

(Fragmento de Akhmîm)

Hasta finales del siglo XIX no se conocía este apócrifo más que por referencias de diversos autores de los primeros siglos. La principal de ellas se debe a Serapión, obispo de Antioquía en Siria (190-211), que es quizá el único testigo que tuvo en sus manos y leyó dicho documento. Según este testimonio, transmitido por Eusebio de Cesarea en su *Historia Eclesiástica* (VI 12,2-6), se leía en la comunidad de Rhossos un evangelio atribuido a Pedro, procedente de círculos *docetas,* que —fuera de algunas pequeñas alteraciones con respecto a los textos evangélicos tradicionales— no estaba, en líneas generales, en contraposición con la «recta doctrina del Salvador». El carácter apócrifo de este *Evangelio de Pedro* viene luego subrayado por toda una serie de escritores posteriores (desde Orígenes a San Jerónimo), sin que aparezcan nuevos datos que faciliten su identificación.

En el invierno de 1886 a 1887 se descubrió en el sepulcro de un monje cristiano de Akhmîm (Alto Egipto) un volumen de 33 folios en pergamino (siglo VIII-IX) que —junto con otros dos escritos de carácter apocalíptico— contiene un amplio fragmento griego de una narración evangélica sobre la Pasión y Resurrección (fol. 2-10) atribuida a Pedro. De este fragmento ofrecemos a continuación la versión castellana. A falta de título y colofón, la simple lectura del texto no deja lugar a dudas sobre la autoría del mismo en favor del príncipe de los apóstoles (ver VII 26, XIV 60) ni sobre su carácter de relato evangélico. Que se trate del mismo apócrifo a que se refería Serapión en el siglo II parece desprenderse de estos detalles y de la coincidencia entre el tenor del texto descubierto y los rasgos con que caracterizaba Serapión el *Evangelio de Pedro.* Aunque no sea posible aducir pruebas apodícticas en este sentido, es ésta una hipótesis de trabajo sobre la que no hay discrepancias en la crítica moderna.

El contenido del fragmento de Akhmîm viene enmarcado entre el comienzo de la pasión de Jesús y las últimas apariciones después de

su resurrección. El hecho de que el autor utilice continuamente datos y expresiones procedentes de los cuatro evangelios canónicos evidencia su dependencia de éstos, o bien de la correspondiente tradición paralela. Si a esto añadimos la antigüedad del testimonio de Serapión (finales del siglo II), se puede concluir con toda probabilidad que el origen de este apócrifo hay que situarlo hacia el año 150 de nuestra era.

Al margen del uso generoso de las fuentes canónicas, afloran en el relato detalles y retoques que delatan tendencias específicas de su autor. La más marcada es sin duda el intento de cargar toda la responsabilidad por la pasión y muerte de Cristo en las autoridades y pueblo judío, con Herodes a la cabeza, exculpando con ello a los romanos, especialmente a Pilato (I 1-5). Se da incluso el caso de que los soldados de éste no aparecen para nada en la crucifixión: su misión es exclusivamente custodiar el sepulcro (VIII 31-33) y ser con ello testigos de la resurrección de Jesús.

Hay otra serie de innovaciones que se prestan a interpretaciones diversas. Así, por ejemplo, las expresiones «Mas Él [Jesús] callaba como si no sintiera dolor alguno» (IV 10) y la de «fue sublimado» (V 19) —refiriéndose a su expiración— pueden entenderse como una afirmación de la soberanía de Cristo sobre el dolor y la muerte que tiene su culminación en el hecho de la resurrección, descrita posteriormente con todo lujo de nuevos detalles y testimonios (VIII 30-XIII 56). Algunos, sin embargo, prefieren ver en las expresiones aludidas y en otras análogas —por ejemplo, «Fuerza mía, fuerza mía, ¡tú me has abandonado!» (V 19)— más bien resabios de las tendencias *docéticas* que ya acusaba Serapión en los que detentaban este evangelio. No cabe duda de que estas y otras discrepancias de la tradición evangélica —por ejemplo, el episodio de la «cruz ambulante» (X 39)— pueden leerse también en clave *gnóstica* (en el sentido de un gnosticismo incipiente), sin que esto constituya de por sí un óbice para la ortodoxia del apócrifo en líneas generales, también afirmada por Serapión.

El influjo de este escrito en la posteridad ha sido muy exiguo. Cabe pensar que quedó reducido a las comunidades que lo utilizaban en Siria, región donde (según todos los indicios) fue compuesto por algún cristiano proveniente del helenismo.

Texto griego: U. BOURIANT, «Fragments du livre d'Énoch et de quelques écrits attribués à saint Pierre»: *Mémoires publiées par les membres de la mission archéologique fran-*

çaise au Caire 9 (1892) 137-142; L. VAGANAY, L'Évangile de Pierre (París 1930); SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 369-387; M. G. MARA, *Évangile de Pierre* (Sources chrétiennes, 201; París 1973).

Bibliografía: O. PERLER, «L'Évangile de Pierre et Méliton de Sardes»: *Revue Biblique* 71 (1964) 584-590; J. DENKER, *Die theologiegeschichtliche Stellung des Petrusevangeliums* (Fráncfort 1975); P. VIELHAUER, *Geschichte der urchristlichen Literatur* (Berlín 1975) 641-648; J. W. MCCANT, «The Gospel of Peter/Docetism reconsidered»: *Novum Testamentum* Supl. 30 (1984) 258-273; Craveri, 289-297; Wilson, 331-332; Stegmüller-Reinhardt, 130; Erbetta, I/1, 137-145; Moraldi, I, 503-517; Starowieyski, 409-419; CH. MAURER-W. SCHNEEMELCHER, en *Schneemelcher,* I, 180-188; Geerard, 5-6.

EVANGELIO DE PEDRO

I

1. Pero de entre los judíos nadie se lavó las manos: ni Herodes ni ninguno de sus jueces. Y, al no quererse ellos lavar, Pilato se levantó.

2. Entonces el rey Herodes manda que se hagan cargo del Señor, diciéndoles: «Ejecutad cuanto os acabo de mandar que hagáis con él».

II

3. Se encontraba allí a la sazón José, el amigo de Pilato y del Señor. Y, sabiendo que iban a crucificarle, se llegó a Pilato en demanda del cuerpo del Señor para su sepultura.

4. Pilato a su vez mandó recado a Herodes y le pidió el cuerpo (de Jesús).

5. Y Herodes dijo: «Hermano Pilato: aun dado caso que nadie lo hubiera reclamado, nosotros mismos le hubiéramos dado sepultura, pues está echándose el sábado encima y está escrito en la ley que el sol no debe ponerse sobre un ajusticiado». Y con esto, se lo entregó al pueblo (de los judíos) el día antes de los Ázimos, su fiesta.

III

6. Y ellos, tomando al Señor, le daban empellones corriendo, y decían: «Arrastremos al Hijo de Dios, pues ha venido a caer en nuestras manos».

7. Después le revistieron de púrpura y le hicieron sentar sobre el tribunal, diciendo: «Juzga con equidad, rey de Israel».

8. Y uno de ellos trajo una corona de espinas y la colocó sobre la cabeza del Señor.

9. Algunos de los circunstantes le escupían en el rostro, (mientras que) otros le daban bofetadas en las mejillas y otros le herían

con una caña. Y había quienes le golpeaban diciendo: «Éste es el homenaje que rendimos al Hijo de Dios».

IV

10. Después llevaron dos ladrones y crucificaron al Señor en medio de ellos. Mas él callaba como si no sintiera dolor alguno.

11. Y, cuando hubieron enderezado la cruz, escribieron encima: «Éste es el rey de Israel».

12. Y, depositadas las vestiduras ante él, las dividieron en lotes y echaron a suerte entre ellos.

13. Mas uno de aquellos malhechores les increpó diciendo: «Nosotros sufrimos así por las iniquidades que hemos hecho; pero éste, que ha venido a ser el Salvador de los hombres, ¿en qué os ha perjudicado?»

14. E indignados contra él, mandaron que no se le quebraran las piernas para que muriera entre tormentos.

V

15. Era a la sazón mediodía, y la oscuridad se posesionó de toda la Judea. Ellos fueron presa de la agitación, temiendo no se les pusiera el sol —pues (Jesús) estaba aún vivo—, ya que les está prescrito que «El sol no debe ponerse sobre un ajusticiado».

16. Uno de ellos dijo entonces: «Dadle a beber hiel con vinagre». Y, haciendo la mezcla, le dieron el brebaje.

17. Y cumplieron todo, colmando la medida de las iniquidades acumuladas sobre su cabeza.

18. Y muchos discurrían (por allí) sirviéndose de linternas, pues pensaban que era de noche, y venían a dar en tierra.

19. Y el Señor elevó su voz, diciendo: «¡Fuerza mía, fuerza (mía), tú me has abandonado!» Y, en diciendo esto, fue sublimado (al cielo).

20. En aquel mismo momento se rasgó el velo del templo de Jerusalén en dos partes.

VI

21. Entonces sacaron los clavos de las manos del Señor y le tendieron en el suelo. Y la tierra entera se conmovió y sobrevino un pánico enorme.

22. Luego brilló el sol, y se comprobó que era la hora de nona.

23. Se alegraron, pues, los judíos y entregaron su cuerpo a José para que le diera sepultura, puesto que (éste) había sido testigo de todo el bien que (Jesús) había hecho.

24. Y, tomando el cuerpo del Señor, lo lavó, lo envolvió en una sábana y lo introdujo en su misma sepultura, llamada *Jardín de José.*

VII

25. Entonces los judíos, los ancianos y los sacerdotes se dieron cuenta del mal que se habían acarreado a sí mismos y empezaron a golpear sus pechos, diciendo: «¡Malditas nuestras iniquidades! He aquí que se echa encima el juicio y el fin de Jerusalén».

26. Yo, por mi parte, estaba sumido en la aflicción juntamente con mis amigos, y, heridos en lo más profundo del alma, nos manteníamos ocultos. Pues éramos hechos objeto de sus pesquisas como malhechores y como (sujetos) que pretendían incendiar el templo.

27. Por todas estas cosas, nosotros ayunábamos y estábamos sentados, lamentándonos y llorando noche y día hasta el sábado.

VIII

28. Entretanto, reunidos entre sí los escribas, los fariseos y los ancianos, al oír que el pueblo murmuraba y se golpeaba el pecho diciendo: «Cuando a su muerte han sobrevenido señales tan portentosas, ved si debería ser justo»,

29. los ancianos, pues, cogieron miedo y vinieron a presencia de Pilato en plan de súplica, diciendo:

30. «Danos soldados para que custodien su sepulcro durante tres días, no sea que vayan a venir sus discípulos, le sustraigan y el pueblo nos haga a nosotros algún mal, creyendo que ha resucitado de entre los muertos».

31. Pilato, pues, les entregó a Petronio y a un centurión con soldados para que custodiaran el sepulcro. Y con ellos vinieron también a la tumba ancianos y escribas.

32. Y, rodando una gran piedra, todos los que allí se encontraban presentes, juntamente con el centurión y los soldados, la pusieron a la puerta del sepulcro.

33. Grabaron además siete sellos y, después de plantar una tienda, se pusieron a hacer guardia.

IX

34. Y muy de mañana, al amanecer el sábado, vino una gran multitud de Jerusalén y de sus cercanías para ver el sepulcro sellado.
35. Mas durante la noche que precedía al domingo, mientras estaban los soldados de dos en dos haciendo la guardia, se produjo una gran voz en el cielo.
36. Y vieron los cielos abiertos y dos varones que bajaban de allí teniendo un gran resplandor y acercándose al sepulcro.
37. Y la piedra aquella que habían echado sobre la puerta, rodando por su propio impulso, se retiró a un lado, con lo que el sepulcro quedó abierto y ambos jóvenes entraron.

X

38. Al verlo, pues, aquellos soldados, despertaron al centurión y a los ancianos, pues también éstos se encontraban allí haciendo la guardia.
39. Y, estando ellos explicando lo que acababan de ver, advierten de nuevo tres hombres saliendo del sepulcro, dos de los cuales servían de apoyo a un tercero, y una cruz que iba en pos de ellos.
40. Y la cabeza de los dos (primeros) llegaba hasta el cielo, mientras que la del que era conducido por ellos sobrepasaba los cielos.
41. Y oyeron una voz proveniente de los cielos que decía: «¿Has predicado a los que duermen?»
42. Y se dejó oír desde la cruz una respuesta: «Sí».

XI

43. Ellos entonces andaban tratando entre sí de marchar y de manifestar esto a Pilato.
44. Y, mientras se encontraban aún cavilando sobre ello, aparecen de nuevo los cielos abiertos y un hombre que baja y entra en el sepulcro.

45. Viendo esto los que estaban junto al centurión, se apresuraron a ir a Pilato de noche, abandonando el sepulcro que custodiaban. Y, llenos de agitación, contaron cuanto habían visto, diciendo: «Verdaderamente era Hijo de Dios».

46. Pilato respondió de esta manera: «Yo estoy limpio de la sangre del Hijo de Dios; fuisteis vosotros los que lo quisisteis así».

47. Después se acercaron todos y le rogaron encarecidamente que ordenara al centurión y a los soldados guardar secreto sobre lo que habían visto.

48. «Pues es preferible —decían— ser reos del mayor crimen en la presencia de Dios que caer en manos del pueblo judío y ser apedreados».

49. Ordenó, pues, Pilato al centurión y a los soldados que no dijeran nada.

XII

50. A la mañana del domingo, María la de Magdala, discípula del Señor —atemorizada a causa de los judíos, pues estaban rabiosos de ira, no había hecho en el sepulcro del Señor lo que solían hacer las mujeres por sus muertos queridos—,

51. tomó a sus amigas consigo y vino al sepulcro en que había sido depositado.

52. Mas temían no fueran a ser vistas por los judíos y decían: «Ya que no nos fue posible llorar y lamentarnos el día aquel en que fue crucificado, hagámoslo ahora por lo menos cabe su sepulcro.

53. Pero ¿quién nos removerá la piedra echada a la puerta del sepulcro, de manera que, pudiendo entrar, nos sentemos junto a él y hagamos lo que es debido?

54. Pues la piedra era muy grande y tenemos miedo no nos vaya a ver alguien. Y si (esto) no nos es posible, echemos al menos en la puerta lo que llevamos en memoria suya; lloremos y golpeémonos el pecho hasta que volvamos a nuestra casa».

XIII

55. Fueron, pues, y encontraron abierto el sepulcro. Y en esto ven allí un joven sentado en medio de la tumba, hermoso y cubierto de una vestidura blanquísima, el cual les dijo:

56. «¿A qué habéis venido? ¿A quién buscáis? ¿Por ventura a aquel que fue crucificado? Resucitó ya y se marchó. Y si no lo queréis creer, asomaos y ved el lugar donde yacía. No está, pues ha resucitado y ha marchado al lugar aquel de donde fue enviado».

57. Entonces las mujeres, aterrorizadas, huyeron.

XIV

58. Era a la sazón el último día de los Ázimos y muchos partían de vuelta para sus casas una vez terminada la fiesta.

59. Y nosotros, los doce discípulos del Señor, llorábamos y estábamos sumidos en la aflicción. Y cada cual, apesadumbrado por lo sucedido, retornó a su casa.

60. Yo, Simón Pedro, por mi parte, y Andrés, mi hermano, tomamos nuestras redes y nos dirigimos al mar, yendo en nuestra compañía Leví el de Alfeo, a quien el Señor...